



IGLESIA DE SAN SULPICIO.

La iglesia de San Sulpicio, que trae su origen del año de 1633, es un majestuoso y elegante edificio, en el que la reina Ana de Austria puso la primera piedra: por falta de dinero se paralizaron los trabajos, y su continuación no tuvo lugar hasta el año de 1735, terminando el pórtico el arquitecto Servadoni, en el año de 1743. Las torres fueron construidas por Maclaurin y Chalgrin; la del Sur por el primero, en el año 1749, y la del Norte por el segundo, en 1777. El coro y los costados habían sido concluidos en 1678; el pórtico se empezó el año de 1753 y se concluyó en 1745, y las dos torres en las dos épocas dichas ya. La una de estas torres, la del Norte, es mas alta que la del Mediodía, que tiene una figura cuadrangular. Estas dos torres, en un todo semejantes hasta el primer piso, se diferencian bastante en la parte superior. Pero no debe acusarse á los arquitectos por esta desigualdad, sino al arzobispo de Paris, que quiso en un parasismo de ostentancia que solo la metrópoli tuviese dos torres idénticas y acabadas. De aquí proviene la conocida frase de Victor Hugo, que combata el panteón á una torta de Saboya, las torres de Nuestra Señora á dos estuches, y las de San Sulpicio á dos modestas flautas.

El pórtico de San Sulpicio se cita como una maravilla en su género; tiene de largo 128 metros, y se compone del orden dórico y jónico. Las dos estremidades son dos cuerpos cuadrados, que sirven de base á las dos torres; tienen 70 metros de elevación, 2 mas que las de Nuestra Señora. Al extremo del pórtico y frente á las torres se

hallan, al pié de la calzada, dos capillas adornadas con estatuas alegóricas, habiendo en la una un bautisterio y en la otra un santuario del Viático.

La estension de la iglesia desde la primera grada de la fachada principal hasta la capilla de la Virgen es de 144 metros, y su altura de 33, contando desde el empedrado hasta la estremidad de la bóveda. A derecha é izquierda de las puertas laterales, por la parte estróica, hay nichos con estatuas de santos que tienen 3 metros de proporción. El coro cuenta 27 metros y medio de largo, y se halla rodeado por siete arcos que sostienen columnas corintias. A los lados de la nave se hallan doce estatuas de piedra que representan los doce apóstoles. El altar mayor, colocado enfrente del coro, es de muy buen efecto, y la capilla de la Virgen, situada al lado de la iglesia, tiene su cúpula pintada al fresco por Lemone, representando esta pintura la Virgen de la Asuncion. En el fondo de la capilla hay un nicho que contiene un grupo representando á la Virgen con el niño Jesus en los brazos. A la derecha está la capilla de San Mauricio, con dos cuadros al fresco, dignos de la atención de los inteligentes. Este San Mauricio era un tribuno militar, jefe de una compañía que habiendo rehusado marchar contra los cristianos genoveses, fué muerto alevosamente con parte de sus soldados. Las pilastras de la iglesia son de concha, y muy notables su volumen y mérito; es un presente que la república de Venecia hizo á Francisco I. Dos columnas de orden compuesto sostienen la tribuna de la caja de los órganos, instrumentos que fueron fabricados por el célebre Cliquot.

La iglesia, que ocupa una linea meridional, tiene de estension 38 metros y 30 centímetros, y á su estremidad, que linda con el muro de la calle de la Harpe, se construyó en el año de 1835.





dad, y añadiendo que después fué colegiata de canónigos regulares; cómo se señalan origen en tiempo de los sarracenos godos, aunque no fijan precisamente la época; pero unos y otros convienen en que sirvió de mezquita á los moros, y fué purificada y consagrada después de la restauración por el rey D. Alfonso el VI. Posteriormente, en varias ocasiones se trató de sustituir este templo, venerable por su antigüedad é historia, aunque mezquino en su forma y dimensiones, por una catedral ó colegiata digna de la capital del reino, y aun obtenidas las huías al efecto en el reinado de Felipe IV, se santó solemnemente la primera piedra para esta nueva construcción en la plazuela que se forma detrás del templo actual; pero el respeto y veneración que este inspira, fué siempre causa de que no se llevase á cabo el pensamiento, contentándose solo con reparar y adornar el antiguo en su parte exterior, aunque de una manera bien pobre por cierta. Su interior tampoco ofreció grandes objetos de alabanza, aunque fué restaurado en lo posible á fines del siglo último por el célebre arquitecto D. Ventura Rodríguez, siendo lo más notable la capilla de los Bozmedianos, que da frente á la entrada principal, y fué construída por aquella ilustre familia que ya hemos dicho que tenía casas allí enfrente, á mediados del siglo XVI.—Detrás de esta iglesia, formando escuadra y parte de la manzana 440, se mira aun en pie la casa que fué propia de Rul-Gomez de Silva, duque de Pastrana, mayordomo y favorito de Felipe II y de su muger la célebre Doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli, que tanto influjo ejerció en el ánimo de aquel suntuoso monarca, y que fué sin duda causa de su rivalidad y de la horrible persecución suscitada por él contra el célebre secretario Antonio Perez.—Aun se ve también en dicha iglesia la pequeña puerta en cuyo quicio es fama que el engañado y vengativo monarca asistió embobado á ver tomar el cohecho al objeto de su cariño, la noche misma que partió para ser conducido, por orden suya, á la torre de Pinto, que hoy miran indiferentes á su paso los viajeros por el ferro-carril de Aranjuez.—La casa pertenece hoy al Colegio de niñas de Leganés, y es la señalada con el número 4 nuevo.

El siguiente edificio que da frente á los Consejos y que ha renovado su actual dueño el señor duque de Abrantes, y antes perteneció á los marqueses de Palomares, forma en el día por uno de sus costados, y forma ya en aquella época, la estrecha callejuela del *camarín de Santa María* (hoy de la *Almudena*), y en ella tuvo lugar el alejoso asesinato del secretario de D. Juan de Austria, Juan de Escobedo, mandado ejecutar por orden de Felipe, y por el intermedio de su citado ministro Antonio Perez, en cuya terrible catástrofe tuvo aorta la causa principal el funesto amor que aquella hermosa (á pesar de ser tuerca ó biceca) supo inspirar á todos tres.—Por el costado izquierdo de dicha casa corre la calle que tomó su nombre del *Factor* Fernán Lopez de Ocampo, que tuvo en ella sus casas á principio del siglo XVI, las mismas que estaban situadas sobre el pretil de palacio, al extremo de dicha calle, y fueron después de la ilustre familia de los Borjas. En ellas vivió algun tiempo el marqués de Lombay, duque de Gandía (San Francisco de Borja), y nació después el famoso poeta D. Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Espitacoche. En el siglo último fué conocido este palacio por la casa de Bebéque (del embajador de Holanda, Mr. Robek, que habió largo tiempo en ella); hoy no existe ya, ni la calle y plazuela, ambas del mismo nombre, que se formaban á su inmediación.

Como al frente del principio de la misma calle del Factor, en la Real de la Almudena, hoy plazuela de los Consejos, é interrumpiendo sin duda la muralla primitiva que se supone haber existido en Madrid, y que desde la Cuesta de la Vega y huertas del Picocho subía otra vez por detrás de donde hoy están los Consejos hasta el pretil y antiguo Alcázar, se alzaba con el nombre del *Arco de Santa María*, la otra de las dos ángeles puertas que debió contar el primitivo Madrid.—Este famoso arco, único testimonio de aquel estrechísimo recinto, fué derribado en 1572 con ocasión de la entrada de la reina Doña Ana de Austria, esposa de Felipe II, y para ensanchar el paso. Era, según el maestro Juan Lopez de Hoyos, docto madrileño que escribió una obra muy curiosa para describir aquella solemnidad, una torre caballero fortísima de pederál, en cuyos cimientos, al decir del mismo bonachón y entusiasta escritor, se hallaron unas láminas de metal, en las cuales estaba escrito (presumimos que en caldeo) que aquella muralla y puerta se habían hecho en tiempo de Nabudonosor rey de Babilonia, de lo cual los cronistas madrileños dedujeron el paso de aquel famoso guerrero por esta villa, aunque es de suponer que no haya tenido el honor de albergarle en sus muros hasta estos últimos años que le ha placido bajo la forma de *Pedri de Bencaon*.—Sobre el derribo de esta torre ó castillo se construyó por entonces otro arco mas grande, que se llamó de *la Almudena*, y fué tambien derribado posteriormente.

Delante de la iglesia de Santa María, y donde se eleva hoy el hermoso palacio conocido por *los Consejos*, mandado construir por D. Cristóbal Gamete de Sandoval, duque de Uceda é hijo del famoso duque de Lerma, favorito de Felipe III, se alzaban antes varias casas princi-

pales de los Porres y Bozmedianos y otras familias, cuyos edificios fueron derribados para la construcción del ya dicho palacio de los duques de Uceda, encomendado al arquitecto Juan Gomez de Mora, quien dejó en ella consignado su buen gusto artístico. En este palacio residió después la reina gobernadora Doña Mariana de Austria, y en el mismo falleció el 18 de mayo de 1696; adquirido después por el Estado en el reinado de Felipe V, pasaron á ocuparle los Consejos supremos de Castilla é Indias, de Órdenes y de Hacienda, la Contaduría mayor y Tesorería general, y hoy, extinguidos aquellos, se hallan establecidos en él el Consejo Real, el Tribunal de Órdenes, las Direcciones del Tesoro, de Loterías y otras varias oficinas.

R. DE M. R.

## EL SALÓN DE DILIGENCIAS.

¡Pícaro mundo! ¡mundo pícaro! Nada hay en él que sea constante; y estoy inclinado á sostener que el mundo no es mundo, sino *munda*, esto es, hembra, ó lo que viene á ser lo mismo, la encarnación de la inconstancia. Por eso se quejan con razón los hombres de afecciones firmes. Un apasionado de la fresa se lamenta justamente de que apenas dura mes y medio una fruta que debía durar todo el año, y lo mismo dirán los amantes de los albaricoques, las guindas y los melocotones de Aragón, que apenas saludamos las ferias. Felices mil veces los horraños, que todo el año tienen vino, pues no pueden llamarse tan felices los aficionados al agua si son vecinos de Madrid, porque en la encontrarán pura como no la comen por vino en alguna honrada taberna. Pero no es lo peor que pasen, como pasa la gloria mundana, los albaricoques y las fresas; lo insostenible, lo verdaderamente atroz es, que siga al invierno la primavera, á la primavera el estío, al estío el otoño, y al otoño otro nuevo invierno; cambio periódico de estaciones que cambia las costumbres de muchas familias, en grave perjuicio de los seres mas inofensivos de la tierra; seres que no la clasificó Buffon, aunque todo el mundo los conoce con el dulce nombre de *amigos*.

Estas ó otras observaciones, que en sustancia decían lo mismo, hacia yo una noche de julio; y las hacia porque me encontraba en el parador de diligencias para despedir á un amigo, que no quería morir en Madrid como murió en Roma San Lorenzo.

Terminadas mis reflexiones, creí prudente matar el tiempo dando vueltas por el saloncito y entablado conversación con las viajeras y viajeros, que iban á darnos un próximo *vale*, y con el centenar de amigos que acudían á darnos un espresivo apretón de mano ó un tierno y espresivo abrazo.

Como el linaje humano está dividido en dos grandes mitades, y sería demasiada ambición y demasiado engorro querer monopolizar las dos mitades, yo me decidí por la hermosa, y antes de saber cuántos hombres embarazaban el saloncito, procuré averiguar cuántos mugeres lo perfumaban y embellecían. Tambien me pareció prudente clasificarlas en viajeras y acompañamiento, como se clasifican los personajes de los dramas en actores y meros comparsas. Ocho eran las damas viajeras, y no bajaban de cuarenta las comparsas ó acompañantes. Casi prescindiente decir que las reinas de la función eran las que iban á mudar de aires; y como que hacían papeles de reina, será justo ocuparse de ellas con antelación á las demás.

La emperatriz de todas estas reinas era la adorable Cristina, Cristina... ¡Qué hermosa es Cristina! Ya la conocen ustedes todos, y por lo tanto no es necesario que yo me entretenga en dibujar sus ojos negros y rasgados, su frente tersa como el mármol, su cabello negro y lujoso, como el ébano bien bruñido, su boquita de labios delgaditos y rojos como una cereza, su nariz recta y proporcionada como las de las mejores estatuas griegas, sus cejas valientemente dibujadas sin que den rudeza á su rostro, su talle esbelto como el tallo de una azucena, su mano breve y torneada, su pié pequeño y primorosamente calzado, su... En no quería hacer su retrato, y lo he sacado al daguerrotipo. Perdónen ustedes, señoras, y ya que me he tomado el trabajo de bosquejar á tan bella *sviatura*, tengan ustedes la bondad de darme patente de consumado retratista. A la derecha de Cristina estaba su madre, señora, como todos saben, que ha sido muy bella, que se conserva perfectamente, y que se distingue por su figura y esquisita amabilidad. A certa distancia de hija y madre estaban unos cuarenta pollas, todos con los lentes calados, como si quisieran impedir, desviándola con sus miradas, la marcha de esta interesante criatura.

Poco distante de Cristina estaba en traje de cañuto la señoría marquesa del Berro, acompañada de su correspondiente doncella. La señora marquesa llevaba muchas niñas, muchísimos lazos, y muchísimo colorote: en una palabra, la marquesa era una verdadera pintora

vestida en traje de arlequin. Bien que la señora marquesa se enajenase todos los días, de alguna manera ha de cubrir los profundos círculos que la despiadada mano del tiempo ha ido cavando en sus mejillas.

*Lindas y frescas cuando Dios quier;*

pero enbargue y mande á su modista que no abigarré sus adornos; porque, con perdon sea dicho de tan ilustrísima dama, parecía su cõlla la moña de un toro de plaza en corrida de competencia. La doncella de la marquesa era otra cosa muy distinta. La picaresca habia nacido después de la muerte del rey, de manera que cañaba á raya con sus diez y siete pelma veces. Tenia unos ojillos mas pícaros que un escribano de la corte, y unos colores naturales mucho mas vivos que los postizos de su ama. Estoy seguro de que la gente de la rotunda no la habia de echar en saco roto. Conversaban con la marquesa media docena de cobradores ya pasados, y otras tantas viejas horribles.

Formando grupo aparte estaba una mujer de treinta años, ni muy gorda ni nada flaca, ni baja ni de alta estatura, ni muy hermosa ni muy fea, una completa medianía y una perfecta vulgaridad. Los padres de esta buena señora tuvieron el maldito gusto de darle por nombre de pila Gerónima, y por apellido Pimenton; pero tuvieron la feliz ocurrencia de hacerse ricos y de casarla con un hombre acaparador de peluconas; de manera que Doña Gerónima Pimenton era toda una capitalista por haber y escribir, como diria un capitán de barco. Doña Gerónima llevaba un sombrero de inmensas alas y de lástima de florquena; un vestido de seda guate, y una mantecleta idem per idem: de modo que la buena señora sudaba al quillo, y prometia quedarse ahogada de calor antes de llegar á Buitrago. A corta distancia, y de pie, se encontraba una Maritornes, doncella de la capitalista, fea como el pecado, y cargada con dos chambereras y tres cestos, arsenal de provisiones de boca, que debian consumir ama y criada antes de llegar á Vitorea. La mala fe de esta Maritornes me hizo recordar que para nada se necesita tan buen ojo como para elegir una doncella. Al lado de Doña Gerónima estaba sentado un hombrecito de maneras un tanto enojadas y de mirada un mucho hipócrita. A legua se oia que este hombre era un capitalista por menor; es decir, uno de esos hombres que hacen su fortuna á fuerza de tiempo y astucia, para guardarla, pues los capitalistas improvisados ó de grandes golpes son ampulosos y arrogantes, como la vegueta de un tal Arnaldo, que se murió de buena moza. El capitalista tenia sobre sus rodillas una empanada, dos pastales y un enorme ensaimado de dulces, que completaban las provisiones de su esposa. Media docena de dependientes escoltaban al matrimonio.

Sentada en medio de una banqueta, con la apostura de una sultana, estaba una dama bastante gruesa, bastante alta, bastante encarnada, con muchos anillos en los dedos, una gran cadena de reló, y una cõlla mas historada que la de la ilustre marquesa. A dos pasos de ella, y de pie, como ministro que espera órdenes, estaba un hombre recordete, con una cartita de pasaca. ó de tontó que da lo mismo, que segun la máxima de Quevedo, no dejaba la menor duda de su estúpida beatitud. El hombrecito recordete tenia en la mano una coterrita enojada, y estaba esperando el momento de ponerla sobre la vasca. Todo el mundo estará persuadido de que el buen señor era esposo de la despótica sultana, porque al lado de una mujer altiva se encuentra siempre un esposo tímido y pacato; pero lo que sospecharán muy pocos es, que este mansísimo cordero fuese todo un gobernador de provincia. Pues lo era de segunda clase, y estaba muy resuelto á meter en un brete á los carlistas, á los progresistas, á los conservadores, á los puritanos, á los damócratas, á los polacos, á los moderados disidentes: en una palabra, á todo hecho que no fuera un ministerial puro y neto.

Sola, absolutamente sola, estaba la octava mujer, número que cerraba el cupo de las que debian encajonarse dentro de un momento en la góndola. Esta mujer tan solitaria era jóven, bastante bella, y estaba vestida con poco lujo, pero con perfecta elegancia. Me llamó la atención su aislamiento, y aprovechándome de la confusion y franqueza que media en momentos de despedida, me senté á su lado y la dije:

—Perdone V. mi impertinencia, pero me ha llamado tanto la atención su aislamiento de V., que me he tomado la libertad de dirigirla la palabra.

—No soy de Madrid, me respondió, ni dejo en él ningún amigo.

—¿De modo que se marcha V. para siempre?

—Así lo creo.

—¿Habrá V. venido á negocios?

—Sí señor. Estoy casada con un cantante, y he pasado seis meses en Madrid solicitando su reposicion.

—¿Le habrá V. conseguido al fin?

—No señor.

—Pues si yo hubiera sido ministro...

—Nunca falta quien venda destinos al precio que V., caballero.

Esta respuesta me dejó cortado; tristemente algunas excusas, y me levanté diciendo para mí: «El marido de esta mujer merece de seguro un gobierno de provincia mucho mejor que aquel marido marracho casado con aquella fatal fantasma; y esta pobre habrá solicitado quizás una plaza de oficial tercero.»

La mayor parte de mi tarea estaba concluida, y si no hubiera tenido que esperar al amigo de mis pecados, así hubiera pensado yo en pasar mas tiempo en el salon como en hacerme filateo; pero mi susodicho amigo lo habia dispuesto de otro modo, y después de haber examinado las damas y criadas de aquella variada comedia, me dediqué á pasar revista á los galanes, que eran diez, incluso el gobernador de provincia, á quien habia examinado á mi sabor, y mi amigo, á quien no necesitaba examinar porque lo conocia de sobra.

El segundo personaje macho que llamó mi atención, pues ya queda dicho que el gobernador fué el primero, fué un hombrecito muy pequeño, muy flaco, muy chapado de cara, y como de cincuenta á cincuenta y cinco años de edad. Este personaje iba vestido de mahon de color de ceniza, la mas económica de todas las telas y el mas encubridor de los colores; llevaba un sombrero hoago tan mugriento, que debia haberle servido tres veranos, y unos zapatos recios, sin chispa de charol ni barniz. Pero la prenda culminante de este diminuto personaje era unas enormes gafas verdes de cuatro cristales, que no solamente le cubrian los ojos, sino una gran parte de la cara. Parecia que estaba azogado segun la extraordinaria rapidez con que corría de un extremo á otro, y preguntaba continuamente si era ya la hora de marchar. Movido de curiosidad, le cerré el paso y le dije:

—¿Parece, amigo, que tiene V. mucha prisa?

—Cierto. Tengo muchos deseos de salir de Madrid, y muchísimos mas de llegar adonde me dirijo: me respondió inmediatamente.

—¿Y de qué procede esa extraordinaria impaciencia?

—He sido empleado.

—Eso no es malo.

—Sí y empleado.

—Eso es mucho mejor.

—Ha sido cesante.

—Eso no es bueno.

—Me dejaron cesante tres años hace, y los he pasado en Madrid solicitando mi reposicion y comiéndome los codos de hambre. He llegado que me reposen, y voy á tomar posesion, no sea que cuando llegue me encuentre con la plaza ocupada.

—¿Qué destino desempeñaba V.?

—Una plaza de vista de aluana.

—¿Y va V. con el mismo destino?

—Sí señor.

—Por eso va V. portrechado de esas enormes gafas verdes, para que la vista no padezca durante el camino.

—Voy á hacer á V. una confianza.

—Guardaré fielmente el secreto.

—Yo he comprado estas gafas para no quitármelas jamás.

—¡Hombre!

—Cuando fui visto la otra vez no usé gafas; contactaba escrupulosamente los billos, y me separaron. Ahora pienso no quitarme las gafas y ver las telas como al comestante acomodado. La vez pasada viví con mi sueldo, y después he tenido hambre; ahora pienso ahorrar algunos cuartos por si vuelve la cesantia.

El vista con gafas me dejó y fué á informarse de la hora.

—¿Qué hace V. por aquí, amigo mio? me preguntó, dándome la mano otro viajero, en quien yo no habia reparado, y que si no era amigo mio era bastante conocido.

—Aquí estoy esperando á un amigo que va á tomar aires. ¿Y V. adónde se dirige?

—A Paris, á estudiar concienzadamente la gran cuestion social. A Londres, á examinar del mismo modo la cuestion industrial. A Alemania, á desenrañar perfectamente la cuestion filosófica. Y si me queda tiempo pasará á informarme del estado militar de la Rusia.

—¡Larga tarea!

—¿Qué quiere V. Hay tan pocos hombres en este país capaces de apreciar las grandes cuestiones europeas, que tiene que hacer uno solo lo que debieran hacer entre ciento.

—Tiene V. razon; los hombres grandes escasean.

—Abi tiene V. un majadero que va á Londres sin mas objeto que darse tono de hombre rico con los banqueros de aquella ciudad; y un marqués calavera, que irá á hacer locuras con los malos cañeros de aquella senada aristocracia: me dijo cambiando de tono y señalando dome dos viajeros, titulo el uno y banquero el otro, muy conocidos en la corte.

Di un expresivo apretón de manos al profundo estamista, que debia traer al Mediodía de Europa todas las tinieblas del Norte, y pasé á



examinar los cuatro viajeros, pequeñas cuestiones, comparadas con las cuatro capitalistas que iba á examinar el estadista.

¡Inútil tarea! Solo encuentro un estudiante, cómo todos los de esta época, sin fisonomía particular, sin olor, color ni sabor; y los criados, pertenecientes á la encantadora Cristina, al capitalista y al marqués. El estadista viajaba solo.

—Vamos, señores, á la góndola, gritó un dependiente de las diligencias, y al mismo tiempo gritó mi amigo:

—Este saco de noche á la vaca.

—Por poco te quedas en Madrid, le dije acercándome al coche.

—Soy muy exacto, me respondió. Ni cuarto de hora antes ni minuto después.

—Exactitud inglesa.

—Cuando no están recién comidos.

El marqués, su criado y el estudiante subieron al cupé. Cristina, su madre y mi amigo, á quien envidié tanta dicha, se encasaron en la berlina. La marquesa del Berro, la capitalista al por menor, la gobernadora y su esposo, el estadista y el banquero, llenaron el coche. La modesta muger del cesante, el vástago de las gafas verdes, las dos doncellas de labor y los dos criados, se acomodaron en la rotunda. El acompañamiento se abalanzó á las portezuelas, pero el mayoral crujió el látigo, y todos se apresuraron á abrir paso á la góndola. Un confuso ruido se oyó un momento, y todos se quedaron fijos en el pesado carruaje.

¿Cuántos volverán de los que iban? ¿Cuántos realizarán sus proyectos? ¿Cuántos volverán á reunirse? Estas y otras muchas preguntas me hacía yo, en tanto que se disolvían los pequeños grupos, formados por los que habían tenido la obligación, el pasatiempo ó el capricho de asistir á aquella despedida, y como acabé por quedarme solo, creí lo más prudente encerrarme á escribir las reflexiones que había hecho en EL SALON DE DILIGENCIAS.

JUAN DE ARIZA.

## ECKEUSUND.

Eckeusund es una aldea compuesta en su mayor parte de tejares, situada en la parte mas saliente de la punta de Brocker, en el golfo de Heushurgo, perteneciente al ducado de Schleswig.

El golfo de Heushurgo forma en Eckeusund otro pequeño golfo que une el estrecho entre Eckeusund y Allués con el golfo principal. Esta parte aislada del lago de Heushurgo se llama el Pübelssor, y se extiende hasta las aldeas de Atzhuil y Pübal. Toda esta parte es en general bastante pintoresca, viéndose además de trecho en trecho multitud de pueblecillos, entre los que hay algunos notables por su posición y por algunos edificios feudales.



(Eckeusund.)

## EL ÚLTIMO REMEDIO.

(Conclusión.)

El hijo ó heredem de algun potentado hubiera concebido una magnífica idea para hacer un palacio. Diego era pobre, y los pobres tambien son egoístas; tambien saben dar oportuna dirección á su talento: halló concebida una magnífica idea para hacer un hospital.

Agitado como su pensamiento andaba de un lado á otro, y ya indolente confundía aquí una línea para volverla después á formar; ya se cruzaba de brazos en acción de discurrir en el extremo opuesto, cuando acertó á pasar un caballero de edad ya avanzada y de elevado aunque modesto porte, el cual, atraído por el aspecto de aquella fisonomía de genio, ó por deseo de ver en qué paraba aquella extravagante ocupación, tomó asiento en una piedra que á pocos pasos había. Al principio acaso lo creyó demente; pero es lo cierto que á los pocos momentos se le acercó, y observando aquella especie de plano le dijo en tono cortés: ¿Es V. arquitecto?

—Aspiro á serlo, contestó Diego.

—Y estos estudios son acaso el plan completo de alguna obra.

—Si señor, de un hospital.

—Son ensayos los que aquí traza V., ¿es verdad?

—No señor, es el plano completo.

—Hombre, me gusta la pizarra; y si no temiera ser indiscreto, le agradecería que me explicara en extracto su proyecto. Y á toda esto no separaba los ojos de aquellos medios circulos tan bien estatapados en la arena, que parecían un correcto dibujo.

—Por lo que veó tiene V. amor á la arquitectura.

—Mucho. Le he consagrado los mejores dias de mi juventud.

—Y acaso tengo la suerte de estar hablando con algun maestro en el arte.

—Maestro no, soy únicamente uno de sus mayores apasionados.

—Pues entonces con mucho mas placer explicaré á V. mi plan, con la única exigencia de que me diga sin escrúpulo los defectos que en él encuentre.

—No espero encontrarlos; pero si así fuese, crea V. firmemente en mi franqueza, puesto que me autoriza V. á usarla.

—Empezaré por decir á V. que mi plan es descabellado para el actual sistema de beneficencia. Hasta aquí los hospitales, lejos de ser un asilo que recordase el pobre con gratitud, han sido el horrible cuadro en el que su memoria ve pintada la miseria, el abandono, la desprec-

ración y las angustias del padre y del hermano y del compañero y del amigo como fantasmas aterradoros que le enseñan el epílogo de su porvenir. Solo ve escarnio, solo ve profanación del hombre por el hombre.

—Os dejais acaso llevar de vuestra imaginación de joven: la caridad no es cómo creéis una palabra vacía.

—Bien se conoce que no la ha llevado a V. la desgracia hasta un hospital. Si hubiera V. pasado cinco noches entre la vida y la muerte, rodeado de moribundos, aspirando el aliento de las agonías, sin escuchar más que el estremecimiento de la cama vecina producido por el estertor del letargo que venía en sus convulsiones a morir a los pies de la vuestra! Si á las puertas de la muerte no hubiérais tenido un amigo que pronunciará vuestro nombre, y que recibiera vuestro adiós al mundo...

—Pero V. vive y recobró sin duda la salud con los auxilios de uno de esos humanitarios establecimientos.

—Sí; cuando la fiebre me devoraba, y la debilidad apenas me concedía aliento, pedía con la humildad del enfermo abandonado un refresco que calmase mi sed, y si alguna vez se escuchaban estas súplicas, era para contestarme una blasfemia. Cuando la fiebre había cesado y solo quedaba de la enfermedad el decaimiento consiguiente, un aprendiz de sangrador se instruí en su oficio dividiéndome una vena, á se probaba la fuerza de una cantárida en mi descarnado pecho.

—Me horroriza vuestra historia. Y con aire investigador dijo: ¿Ha pasado V. por todo eso?

—Y tanto mas, contestó Diego con amargo acento, pero qué no es del caso. Mi plan de hospitales, digo mal, el plan de un compañero mío, está basado en lo que deben ser segun todos los filósofos mas célebres del mundo.

—¿Querá V. decirme cuál es?

—Positivamente no, porque yo no he hecho mas que circunscribirme á lo que él me ha dicho, y por el proyecto del edificio poco se pueda deducir.

—Si tuviera V. la bondad de explicármelo; acaso dá alguna luz sobre las teorías de su amigo de V.

Aquí ya todo fueron razones y proporciones algebraicas y geométricas.

Después de una larga relación, que escuchó el desconocido con sumo interés, preguntó á Diego:

—¿Tendrá V. inconveniente en darme su nombre?

—Diego Alvarez me llamo, y en cuanto soy y valgo servidor de V. El desconocido le miró atentamente, y como para disimular el efecto de aquella contestación repuso:

—Y ese su compañero ¿qué profesion tiene?

—Escritor.

—¿Y cuál es su nombre?

—Andrés Garcia.

—No le conozco: ¿hacé mucho tiempo que escribe?

—Tres años próximamente.

—¿Y ha publicado alguna obra?

—Diferentes artículos sobre economía política que no ha firmado; tiene además inédito un tratado sobre administración y estadística, y no encuentra un editor que se lo imprima ni de balde.

—Pobre mozo! escusó el desconocido; ¿acaso tendrá un gran mérito.

A todo esto ya había avanzado el sol y empezaba á hacerse sentir el calor, por lo que tomaron la calzada que conduce al Prado, departiendo de cosas indiferentes.

Ya en la Carrera de San Jerónimo, le preguntó el desconocido á Diego las señas de su casa, y se internó en una de magnífica apariencia, despidiéndose cortésmente.

Al regresar Diego á su bohardilla se encontró en la escalera á Antonio que volvía muy contento porque había logrado vender uno de sus cuadros, espuesto hacia mas de dos meses al público en el almacen de Bellas artes de la calle del Principe.

### III.

Subió Andrés por la desnivelada calle de la Cabeza, cabizbajo y pensativo con su envoltorio de papeles debajo del brazo y un desengaño mas en el corazón. Apareció en las esquinas aquella mañana un cartel que decía:

«Economía política. Colección escogida de todos los mejores libros que sobre esta ciencia se han publicado en Europa. La empresa cuenta con diferentes obras originales de reconocido mérito, etc., etc.»

Andrés, que había visto el cielo abierto, acudió presuroso á presentar su manuscrito al director de aquella publicación, en el que esperaba encontrar un hombre de conocimientos científicos; pero bien pronto renunció á esta idea, porque al proponerle la impresión de su original, después de leer el título repetidas veces, le contestó con des-

preciativo gesto; Administración y estadística, Administración y estadística. ¿Qué tiene que ver esto con mi biblioteca? V. viene equivocado; está no es la biblioteca de Autores Católicos; aquí no se imprimen libros que nadie lee; aquí únicamente de ciencia política y económica, y nada mas.

—Se servirá V. decirme, repuso Andrés; qué ramos son los que abraza esa colección de libros que V. anuncia.

—Lea V. el prospecto y déjeme en paz, que los hombres como yo no pueden perder el tiempo inútilmente.

Corrido de sí mismo salió sin duda Andrés, porque hasta su casa no levantó los ojos al cielo, y está vez parecía que brotaban sangre.

Al mismo tiempo que él llegó á la puerta, estaba preguntando al portero por el cuarto de D. Diego Alvarez un caballero que pronunciaba el español con alguna dificultad; al que, al descubrir á Andrés, contestó el portero:—ese joven le acompañaré á V.

Subieron los noventa y un escalones con precipitación, porque el español, que había olvidado casi su lengua nativa, cuando de un peso no ganaba dos, era porque ganaba tres.

### IV.

Oficial de graduación en el ejército carlista, tratamos del que subía la escalera con Andrés; hombre pundonoroso y de una fibra y voluntad de hierro, no había querido aceptar el cambio de colores que imponía á su casaca el titulado Convenio de Vergara. Se internó en Francia con los que creyendo buena ó mala su causa no querían abandonarla, y ya enseñando matemáticas, y ya traduciendo algunas obras del español al francés, no solo adquiría lo suficiente para vivir con holgura, sino que ayudaba un tanto con sus ahorros á los compañeros de espatriación. Al año y medio, obligados por el gobierno francés á pasar á una plaza del Norte, por temores de una nueva invasión en España, se fugó á Inglaterra, donde con los reducidos recursos que le quedaban se embarcó para las Indias. Hablaba con soltura el francés y el inglés, y conocía algo de alemán, á cuyo estudio se había dedicado en el infanterio; además, habiendo recibido una esmerada educación, y militado largos años, reunía un caudal de conocimientos y de experiencia con el que en cualquier parte del mundo un hombre laborioso puede aspirar á conseguir. Ya en las Indias, su actividad é inteligencia conquistaron pronto un buen crédito, que es la base por donde se empieza á ser rico en aquellos países, como en todos los que existe el verdadero comercio. Los negocios á que se dedicó le pusieron en contacto con las personas de mas importancia, y era admitido con extraordinaria distinción por su ameno carácter en todas las principales sociedades. Es preciso tener en cuenta que era franco como un aragonés, valiente como un catalán, decididor como un andaluz, y apuesto y gallardo como el mejor mozo de Vizcaya. De aquí el que enamorándose de una hermosa joven poseedora de un inmenso caudal, y está á su vez del ilustrado coronel español, se estableciera una nueva rama comercial en la que entraba el apellido del que sin mas elementos que su ingenio había aparecido en aquel país dos años antes, donde residió algunos mas hasta que la familia de su esposa dispuso regresar á Europa. Su presencia en Madrid es bien fácil de explicar; ¿qué gobernador no vuelve á su nido en cuanto los vientos del Norte, con abril, echan de menos sus glaciales cavernas!

### V.

Al sentir pasos en la escalera salió corriendo Antonio, y al divisar á Andrés, como si su fortuna se redujera al placer que había de causar á su amigo, empezó á gritarlo: ya tenemos dinero, ya tenemos dinero; he vendido la Babulla de Otunba, he vendido la... y se quedó la otra mitad de la frase cosida al deseo de decirlo, porque descubrió alque cubió los escalones de dos en dos y de tres en tres. Cuando llegó este al descanso inmediato á la bohardilla, con voz casi ahogada le repitió la pregunta que había hecho al portero, á la que contestó Antonio:

—Si señor, aquí vive, y dirigiéndose al interior, le dijo á Diego: un caballero te busca.

Pero el caballero no dió tiempo á la contestación, porque entró sin mas ni mas, y se abrazó á Diego zarandeadolo como si fuera un maniquí.

Es el caso, que como se estaba preparando para marchar á la Academia, y los zapatos habían dado en la maná de reirse á mas y mejor de las agudezas de su poseedor y de las amenazas de su dueño el artista Mr. Fiel ó Mr. el Andaluz, Diego se entretenía en describir con tinta algunas paralelas horizontales en el ventilado cargamento de los susodichos, y por consecuencia estaba descalzo del pié derecho, y tenía ambas manos ocupadas, una con la prueba del delito y otra con el código y la sentencia.

—Hermano mío! dijo por fin después de repetidos abrazos el desconocido.—Hermano mío! ¿no me conoces?

Diego, sin saber qué contestar, miraba á su cariñoso interlocutor todo asombrado.

—Soy Carlos, soy tu hermano.

—Carlos... Decis que sois Carlos, que sois mi hermano, le preguntó Diego, cuyos ojos parece que querían saltar de sus órbitas.

—Sí, Diego, soy tu hermano.

—Caballero, dispensadme; mi único hermano murió en la guerra el año 39.

—Te engañas, hermano mío, sí, soy yo mismo que, dado por muerto en Morella, salí á campaña nuevamente días antes de la disolución de nuestro ejército.

Pero estas palabras parece por la celeridad y la fuerza que tenían, que las pronunciaba un relámpago.

—Carlos!

—Diego!

—Hermano mío!

Y se abrazaron, permaneciendo así un instante sin voz y sin movimiento. Las lágrimas de Diego se escondían entre los largos cabellos de Carlos, y las de este caían en el desngido pié de su hermano.

Antonio y Andrés, á la puerta el uno y junto á la ventana el otro, contemplaban esta escena mirando al cielo.

Al mismo tiempo paraba un carruaje á la puerta de la casa.

Carlos fué el primero que rompió el silencio, y mirando á su alrededor exclamó con sentida voz:

—¿Cómo te encuentras!

—La última noticia que tuve tuya fué con la de la muerte de mi pobre madre; desde entonces desapareciste de Caletayud, y cuantas diligencias practiqué en tu busca mi amigo el conde de la Vega, fueron en balda hasta hoy que la casualidad se las ha proporcionado.

—¿Y qué eres? ¿de qué vives? ¿cómo lo has pasado hasta ahora?

—Hermano, tan triste y tan larga de contar sería la historia nuestra en estos últimos años, que puedes evitártela, y con ella muchas aliciones.

—¿Pero en qué te ocupas?

—Voy á concluir la carrera de arquitecto dentro de breves días.

Entonces se apercibió Carlos de que no estaban solos, y saludó cortésmente á los compañeros de su hermano, al mismo tiempo que asomaba el portero su vetusta faz, anunciando al señor conde de la Vega.

Salieron á recibirlo todos menos Carlos, que miraba sorprendido el aspecto de aquella vivienda.

Diego, al descubrir al desconocido con quien había paseado en el Retiro, exclamó sorprendido:

—Es V. el señor conde?

—Y en cuanto soy y valgo, servidor de V., amigo mío.

Carlos cogió de la mano al conde de la Vega, y paseándola por aquella desordenada habitación le dijo al oído:

—Cuanta miseria! Mira la situación en que encuentro á mi infeliz hermano, que sin recursos de ninguna especie ha sabido hacerse una carrera distinguida.

Y le contestó el conde también al oído:

—Pues aquí reside el genio; mira estas paredes, repára en esos manuscritos, y en esos dibujos que conoces casi por incidencia.

## VI.

Estamos en el mes de mayo. Hace dos años que ocurrieron los sucesos precedentes.

Andrés tiene una reputación literaria de importancia; es redactor del periódico oficial del gobierno, y el producto de sus obras constituye un lucido patrimonio.

Antonio ha presentado un cuadro en la exposición que ha mandado adquirir el gobierno para colocarse en la Academia. La embajada inglesa ha comprado á elevado precio todos los que encerraba la hoberdilla de la calle de la Cabeza, y los que después ha pintado en su magnífico estudio de Carabanchel. Por el que hoy ocupa la atención de los inteligentes se le ofrece una respetable suma que él no acepta, porque está decidido á regalarlo á la nación.

Diego construye en la actualidad diferentes casas, algunas de su hermano, que resuelto á establecerse en Madrid, ha querido afincar sus pies en su ciudad.

El marqués de la Vega, viudo sin hijos, se pasa la mañana en el estudio de Antonio. Andrés, que vive con él, hace la delecta de su mesa con su buen humor y graciejo, y Diego le acompaña á paseo regularmente por el Retiro, donde suelen alguna vez disputar, haciendo ruyas en la arena, sobre si la manzana de casas de tal parte debía seguir recta ó hacer esta esquina y formar aquella curva. El marqués de la Vega es feliz, porque dice que tiene tres hijos, un pintor de rele-

vante mérito, un economista aventajado, al que pretende en la legislatura próxima hacer padre de la patria, y un arquitecto que es á la vez su tesoro y su secretario.

La esposa del ex-coronel vive cada vez mas contenta y feliz en España, y en su casa se reúnen todas las noches el conde de la Vega, Antonio, Andrés y su cuñado Diego, á quien llama siempre *mon frere*, que es como cuando no conocia el idioma español le titulaba.

Andrés acompaña al piano á Serafina, la niña de la casa, que no está contenta cuando tarda su amigo; sus padres se burlan siempre que pregunta inocentemente por él.

A las doce de la noche de aquel día se reunieron Diego, Andrés y Antonio en el estudio de este; todos lloraban; pero en vez de maldecir su desgracia, decían á una voz:

La providencia ayuda siempre á los buenos; cuanto mas tarda en conceder su protección, tanto mayor es el premio que les aguarda.

El último remedio era un remordimiento para todos, que ninguno sin embargo recordó.

EDUARDO GASSET.

## UN DRAMA EN EL TEATRO DEL BALON DE CADIZ.

En la época de los dramas, y lo que es más, de los dramas horripilantes; época en que los periódicos de Madrid ridiculizaban en sangrientas caricaturas al *pastor clausiquino* pintándole con su zampaña y su viejo cascote, sentado en una silla á la sombra de la espera haya de Titiro, y dejando pasar sus ovejas mientras él, con sus setenta navidades debajo de la peluca, cantaba los desdenes de su Tiril. Entonces se hubiera tenido por una completa *cursería* el asistir á una representación de *El sí de las niñas*, si es que algun empresario estaba tan mal con su dinero que la pusiese en escena, y entonces *La Angela* y *La Teresa de Dumas*, *Lucrecia* y *El Tirano de Padua*, de Víctor Hugo, eran las mas interesantes como las mas morales de cuantas obras habia producido el ingenio humano en los malamente llamados buenos siglos de la literatura dramática. En este tiempo pues el teatro del Balon anunció en sus cartelones con cada letra tamaño como una hogaza de pan de Alcalá un drama titulado *Treinta años ó la vida de un jugador*, cuidando de colgar en las esquinas primorosos transparentes bien cargados de almagra, los cuales, con tres noches de anticipación anunciaban á las apiñadas turbas el magnífico espectáculo que iba á tener lugar junto al reñidero de gallos; y como para darles una muestra de lo espasmódico de las situaciones y de lo patético de los lances, hizo la empresa fijar en todas las esquinas cuadros que representaban, ora un hombre que andaba á pistoletazo con diez gendármeos, ora otro que á puñalada limpia machacaba las tiendras á un desventurado prójimo, y ora en fin, un rey agarrado sobre el patíbulo, haciendo su última visita en medio de un lucido acompañamiento de sacerdotes, de soldados y de hermanos de la Caridad.

Preciso era ser de estuco para no caer en la tentación, y entonces me dije á mí propio: «Marchemos con el siglo, y si no con el siglo, con la época. Esta es de emociones... pues yo voy tambien á buscar emociones. Digan que al hombre fuerte, comido fuerte, y es menester que la posteridad vea nuestra fortaleza, en lo crudo, en lo indigesto del mojar con que alimentamos nuestras almas, así como calcinamos la austeridad de los facedemonios por el horrendo breva de su salsa negra.» Esto dije, y esto me propuse hacer, comenzando mi educación moral en el teatro del Balon de allí á dos días, los cuales esperé impaciente, como todo aquel á quien aguarda un verdadero acontecimiento de aquellos que deben cambiar la faz de su vida entera.

Llegó pues el día, y lo que es más, llegó la hora, que era, por mas señas, la del anochecer de una tarde de las crudas de diciembre. Un porte largo aplabó sin tropezar en rama desde las heladas regiones del polo hasta tropezar con la modesta fachada del teatro del Balon, cuyo interior ha sufrido posteriormente notables reformas; pero que era en la época á que nos vamos refiriendo tal como lo describimos á continuación.

Cuando circunstancias muy gloriosamente molestas hicieron forzosa la creación de un teatro donde no alcanzasen los hombros del ejército francés, los que tomaron á su cargo la obra se pusieron completamente al nivel de los sucesos. Los mas de los vecinos de Cádiz habitaban en improvisadas tiendas de campaña, ó alquilaban á peso de oro seis pies de terreno en alguna aneja de las adyacencias del Hospicio, único lugar donde no existia la probabilidad de ser aplastado. El teatro del Balon debía estar en consonancia con semejante género de vida, y en efecto se hizo estrecho, molesto, ahogado; se le pusieron palcos como jaulas, y en el patio desahogados bancos, en comparación de los cuales fuere cómodo sólo el banco del herrador de



la esquina. Dejose larga porcion para la gente de á pié, y en vez de plateas se establecieron unas especies de cobachas con gradas, llamadas por mal nombre galerias, cuya primera fila, única de donde podia verse el escenario, se pagaba mas cara que las otras, segun estaba muy puesto en el orden. Esta distribucion no habia variado esencialmente muchos años después, y era la propia que conservaba en el dia á que me refiero, con la sola y esclusiva mejora (si tal podia llamarse) de haber sustituido con reverberos de nueva especie, situados alrededor de la sala, las luces de la suprimida araña que pendia en lo antiguo de su techo.

Era la hora, como decia, y desembocaba yo por aquel desahucado páramo, soplándome los dedos de puro gris que corria, y presentando la popa al viento al empujar con alguna esquina de las dos ó tres calles que hay que atravesar en el tránsito del campo; pero no habia tenido la precaucion de proveerme de asiento, y con dolor de mi alma supe al llegar al botiguin que estaba vendida hasta la última localidad. La infanteria estaba rellena á pison, y no me atrevi siquiera á probar fortuna en ella; por fin, un chico me revendió un asiento trasero de galeria, donde después de endores de muerte pude colocarme, si es que merecia el nombre de colocacion la que yo disfrutaba en aquella mala grade; porque siendo el último de los ocupantes, claro es que no me habian de guardar el mejor sitio: así era que solo podia ver una pequeña parte del escenario, y eso cuando me alzaba sobre las puntas de los piés, posicion harto difícil para mí que no he sido nunca aficionado á bailar el holero. Resignéme con mi suerte como el atorado con la suya, y á poco comenzó el drama.

Ya se colige que poco pude enterarme de él por mas que estiré el pescuezo, el cual hubiera yo querido tenerle aquella tarde del largo del de cierto vestroz que no ha mucho ostentaba en los espectáculos de Cádiz su feísima estampa. Sin embargo, logré á duras penas ver que uno de los actores llevaba botas de campana, y al momento dije para mí capote: «ya le conozco: tú eres el hombre malo»; porqué en efecto, tengo observado que no hay picaro alguno en esos dramas, donde nunca deja de haberlos, que no use botas de campana como distintivo dramático de su maldad. No me engañé. Aquel era el jugador, el que hace morir á su papá de un berrenchin que se hace tomar, que se casa, que juega hasta la cama de su muger y de sus hijos, que anda á palos y á pistoletazos con sus compañeros de vicio, que quiere quemar á su hijo mayor porque husmea que trae algunos cuartos, y que termina su carrera al cabo de treinta años de hambres y de crímenes, cayendo en manos de la justicia. Todo esto me lo anunciaban ya sus picaras botas; y véase cómo el calzado puede tener una poderosísima influencia en la moralidad de los hombres.

No hay que decir que el público aplaudia á rabiar y que se estasiaba al considerar todo el esfuerzo de ingenio que emplearia el autor para poder presentar rencidas tantas atrocidades y tantos horribles lauces en el corto espacio de treinta años, que es lo que se supone durar el drama. Mucho dura por lo visto el pellejo de un picaro: de seguro no duraron tanto las campanas de sus botas.

Entre los estranos acontecimientos del drama, es el uno, y el mas venial acaso, que el protagonista mata á otro de un pistoletazo. Aconteció pues aquella noche, que al sonar el tiro nos quedamos todos á oscuras, porque la explosion apagó las luces del teatro. Por fortuna terminaba el acto, y en el intermedio se remedió la averia; pero fué necesario que se nos hiciese saber extra-oficialmente la muerte de aquel hombre, puesto que no la habiamos visto. Aquello fué, en efecto, morir sin sol, sin luz y sin moseas.

Concluido que fué el drama, el público, sin duda por quitarse el amargor de la boca, comenzó á pedir á gritos el ole, no anunciado. Resistióse la autoridad; hubo tole tole; rompiéronse algunos bancos; la fuerza armada se puso sobre las armas; la policía llevó presos á algunos; repartió sendos estacazos á los mas contumaces, y el auditorio en masa abandonó el teatro, dejándose allí mas de cincuenta mugeres los zapatos, que es lo primero que ellas sueltan cuando corren. Yo fui arrastrado por la marea, y antes de mucho tuve que pasar del insufrible calor del coliseo á la helada temperatura de aquel descampado sitio. Por dicha, en vez de la pulmonia para la que tantos méritos tenia contraídos aquella noche, solo tuve un par de dias de calentura, durante los cuales mi imaginacion me ofrecia sin cesar la mala estampa de aquel hombre con sus botas, los aullidos de aquellas mugeres sin sus zapatos, y las descompasadas voces de los que pedian el ole. Calmóse al cabo mi fiebre y dejé de ver visiones; pero de allí en adelante no volví á fiarme de los pomposos transparentes del Balon.

FRANCISCO FLORES ARENAS.



## EL VIAJANTE Y EL MESONERO.

Cierto viajante  
llega á un meson.  
hambriento,  
sediento,  
grita: patron,  
¿hay que comer?  
Y el martagon:  
de todo hay, dice,  
gran provision.—

Vengan perdices.—  
Nadie las caza;  
no hay en la plaza  
un perdigon.—

Arroz con pollo.—  
Ni una gallina  
con esa india  
faccion quedó.

De arroz no tengo  
ni un solo grano,  
que un valenciano  
me lo acabó.—

Magras con huevos.—  
¡Qué desgraciado!  
hoy se ha acabado  
todo el jamon.

Si á usted le gusta  
macho cabrio,  
hay, señor mio,  
buena racion.

Parte el viajero  
sin despedirse,  
gritando al irse:  
¡qué picaron!

Guardete el diablo,  
negra posada,  
donde no hay nada  
sino cabron.

EUGENIO DE TAPIA.

## CANCION.

Como en la noche cálida  
del aronoso estío,  
al susurrar del céfiro  
se aduerme el mar bravio;  
del mundo así las lágrimas,  
las penas y dolores,  
trueca en celeste júbilo  
el soplo del amor.

En vano el hombre, trélico  
cerca el feroz quebranto,  
en vano roge indómita  
la tempestad del llanto,  
y el hado agolpa barbidos  
sus odios y rencores;  
que hasta la muerte es plácida  
al soplo del amor.

Desde su trono fúlgido  
el dictador eterno,  
contra el traidor espíritu  
monarca del Averno,  
en este valle misero  
de crímenes y errores,  
dióte al mortal el bálsamo  
divino del amor.

J. H. GARCIA DE QUEVEDO.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.